**EL VENGADOR ATRASADO**

Les voy a contar, amigos míos, sobre el día en que casi se hizo justicia.

Más bien, fue una tarde, 13 de Junio a las siete tal como está claramente anotado en mi agenda. Esa fue la fecha que elegí apropiado para restablecer a su posición exacta las balanzas que golpearon alguna vez contra mi favor, por ser exactamente la misma en el que el criminal que busco hizo su ofensa hacia mi persona.

He estado maquinando esta venganza por años. Algunos dirán, con seguridad, que la venganza no es justicia. Déjenme explicarles los motivos por los cuales tengo la completa confianza de que se equivocan.

Óiganlo así: la venganza es, tal vez, una pasión, una que mezcla en partes iguales la ira, el rencor, el odio y cierta actitud maquiavélica, expectante, y sin embargo, ¿no puede llamársele justicia solo por eso? Solo porque haya emoción, y no maldad, pues la maldad solo la porta quien comete el crimen, no puede adjudicársele a la venganza el peso de no ser lo que se nombra, y por sobre todo, no puede pensarse en un mundo en donde la justicia no sea venganza: pues esta es pasión, y es fervor, y es sentida, y por tanto es ardiente y humana, como solo puede ser todo lo que es bueno, y allí donde la fría burocracia de los tristes jurados se resiente y traba lo que es verdaderamente justo yo reclamo el derecho a devolver, apretando dientes y puños, a su estado correcto lo que fue torcido por la mano perversa del criminal.

Asi me he movido antes, y asi me moveré siempre. Esa noche, desde luego, fue mi pasión la que me llevo a esperar, maquinando, frente a la casa de mi agresor. Y mientras divisaba, perdido en la inmensidad de la afrenta que me había causado, con enojo el lujo de su hogar desde la ventanilla de mi auto, tanto me deje llevar por mi memoria que no me percate de que el maldito había salido, a recoger sus cartas del buzón.

Ah, ¡es que es tan grave! ¡Es tan hediondo su accionar, fue tan espantoso el daño! Solo rememorarlo… Solo imaginarlo de nuevo, recrear su maldad me hace temblar de la rabia, castañear los dientes con impotencia ante lo que pude haber hecho y no hice. La furia… La indignación, se apilan dentro de mi y me obligan a actuar.

Me salí de mi coche, y corrí hacia el, sigiloso. Antes de que vuelva a su fortaleza, antes de que el giro de su llave lo separara del brazo de la justicia me le lancé encima, derribándolo. Forcejeamos sobre el césped por un buen rato, hasta que por fin pude cumplir mi cometido: apreté el pañuelo en su boca, y lo vi retroceder a una profunda inconsciencia. Los criminales, como se sabe, no tienen resistencia al cloroformo.

Luego lo arrastré de nuevo a su hogar, desde los tobillos. Su cabeza marcaba ritmos ridículos contra los peldaños de las escaleras. Lo subí, a ciegas por mi furor y mi ira, hasta una de las habitaciones que había –el hombre vive en soledad, común en muchos delincuentes y psicópatas-, y lo até a una silla con la soga que había traído del coche.

Hasta el momento en que despertó, me quedé sentado frente a él, mirándolo, destilando odio y recordando su pecado. Que ser más monstruoso. Es increíble pensarlo, es increíble siquiera considerar que alguien asi pueda caminar en la misma cuadra que personas de bien como uno. Estas criaturas del mal se disfrazan, aparentan ser un vecino, un buen padre, un simpático congénere, y corrompen la buena sociedad con su sola presencia maldita. Son pérfidos, indolentes, pendencieros, y por sobre todo, increíblemente propensos a los actos de mas extremada violencia sin que les tiemble el pulso.

Tuve que cachetearlo diez veces con fuerza para que despertara, tartamudeando, pálido como la nieve. No parecía entender donde se hallaba.

-Ayuda...- comenzó, con voz débil.- Socorro...

Pero con otro golpe le obligué a cerrar la boca.

-Usted va a escucharme- le dije.- Míreme a los ojos.

Dudó, gimiendo como un infante. Luego logró entreabrir los parpados lo suficiente como para focalizarme.

Era el momento que yo había estado esperando. Me erguí, imponente, sintiéndome un campeón de la venganza, de la justicia, de los más elevados pensamientos del hombre.

-¿Me reconoce?

-No.

Le volví a pegar, y l apretó los dientes con un gemido de dolor.

-¡No haga el tonto conmigo!- grité- ¡Sé que me reconoce!

-¡Lo juro!- estalló por su cuenta, aterrorizado- ¡Déjeme ir! ¡No se quien diablos es!

Entonces lo aferré de la camisa, sacudiéndolo. Las patas de la silla rechinaron contra el suelo con cada movimiento.

-¡Asqueroso pecador!- le espeté- ¡Vea bien mi rostro y reconozca su culpa!

-¡Es un error! ¡Se equivoca! ¡Yo no...!

Lo golpeé en la boca del estomago, frustrado. Detesto cuando ocurre esto, cuando el crimina alega no tener culpa. Pero ya me he acostumbrado. Sucede en todos y cada uno de los casos que he tratado; siempre son santos, siempre son ángeles inocentes de pulcros vestidos. Pero ese cuento no va conmigo.

Encendí un cigarro, con una mano temblorosa de odio y me apoye contra el alfeizar de la ventana. Mi prisionero se hallaba pálido, como la cera vieja, y las pupilas le temblaban. Intentaba liberarse de sus ataduras en vano.

-¿Puede decirme que hacía el sábado, 13 de junio del 2002 a las doce de la madrugada?

El gesto se le desencajó.

-¡Eso fue hace trece años! –chilló- ¿Cómo espera que sepa....?

-¡Calle!- le grité- ¡Sabe muy bien lo que hacía!

Me le acerqué con el ímpetu de un león, y lo pateé en el estómago. Escupió bilis, y volvió a lloriquear de terror.

-¡Usted estaba en el patio de comidas!- volví a golpear- ¡Usted pidió un café y dos donas con extra relleno!- otro golpe. Su expresión era difícil de discernir, entre el dolor y el intentar aparentar ignorancia. Continué con un empujón, que hizo ceder las patas de delante de su silla- ¡Y usted...!

Con ataduras y todo el criminal cayó, todo su peso dando contra el suelo con un chasquido seco.

-¡Usted se me coló en la fila!

Se hizo el silencio. Yo estaba exhausto, respirando agotado por la pasión de la justicia, rojo como una manzana. El hombre se hallaba viendo el techo, el cuello de la camisa arrugado bajo su mentón y la boca hecha una línea recta, indescifrable.

-Ah.

Exhalé.

-¿Ah?

Él apenas me miró. Buscaba en derredor, algo que yo no lograba ver, probablemente armas para hacerme frente.

-¿Dónde están las cámaras?- preguntó.

-¿Cámaras...?

-Siendo que esto es una broma- explicó- Una de muy mal gusto claro. Tienen que estar graband-

-No hemos llegado a esa parte- le corté- Grabaré su confesión en cuanto acceda a admitir su crimen. Luego lo ejecutaré justamente.

Me miró un largo rato, adquiriendo una tonalidad enfermiza desde el suelo. Pareció caer en la cuenta de algo.

-Oh dioses. Usted es un demente.

Eso fue demasiado para mi.

-¡¿Un demente?!- grité, y le arrojé otra patada que astilló su respaldar- ¡Yo, un demente! ¿Se ha oído? ¡Maldito infame! ¡Se coló! ¡Robo mi oportunidad de comer a tiempo, y pretendió no darse cuenta! ¡Pretende que lo olvide!

-¡Usted está loco!- me gritó a su vez- ¡Loco, loco, loco!

Aguanto mis patadas, entre alaridos. Yo iba punteando mis exclamaciones con golpes, cada vez más furibundo.

-¡Dos! ¡Donas! ¡Extra! ¡Relleno! ¡Las últimas!

-¡Maldito lunático!

Entonces di un rugido, y me lancé contra su cuello. Mis dedos largos se aferraron a él, apretando, con cuanta fuerza tenía, buscando librar al mundo de su perversión. Se puso colorado, también, y al rato adquirió el color de un rábano. Un estertor salió de su garganta mientras gimoteaba algo. Su mano hinchada por los golpes tanteo débilmente mi cara, para frenarme.

Pero abajo la puerta fue golpeada con insistencia, y cedí mi fuerza. El criminal tosió largamente, haciendo esfuerzos inhumanos por recuperar el aire. Se oyeron ruidos.

Maldición. Visitas inesperadas.

Le di un último vistazo, y me largué por la ventana en un estrépito de cristales rotos, corriendo con todas mis fuerzas. Solo mi cigarrillo quedo como evidencia, humeando contra la alfombra, consumido y chamuscado.

Ese fue el caso, tal día, pero aun no pienso rendirme. Esperaré de nuevo, diez, veinte, treinta años: lo que sea necesario para que el mal baje su guardia. Y le asestaré el golpe definitivo. La Dama de la Justicia me favorece, eso lo sé, su ceguera me comprende por completo. La Dama de la Justicia es sabia.

Mientras tanto, intento seguir mi vida y encargarme de los otros criminales. Desde la soledad de mi apartamento tengo mucho tiempo para ver sus expedientes. Juan Larrea, veintiocho años, mi instructor de natación, que nunca me quitó de la categoría de Mojarritas infantil desde el momento de mi inscripción. Verónica Hasenbauer, veinticinco, que rechazó mi solicitud de amistad de facebook ni más ni menos que cuatro veces. Roberto Accutrone, cuarenta y ocho años, no me devolvió el libro que le había prestado. Esto es un crimen imperdonable. Todos van a pagar a su debido tiempo.

Son más, pero la lista se extiende y las páginas de mi diario no alcanzan. ¿Pero será posible? ¿Será posible que un diario tenga tan pocas hojas? ¡Apenas he contado los primeros veinte años de mi vida! ¡Que clase de inutilidad es esta!

No lo perdonaré. Buscaré a quien manufacture esta monstruosidad. Ah si, aquí lo veo, *Rivera E Hijos*. Bien, supongo que tanto el señor Rivera como sus hijos deben prepararse para una justa sorpresa. Yo, como la noche, desciendo sobre todos.